

*Las voces del secuestro y sus representaciones de la Amazonía*  
**The voices of kidnapping and their representations of Amazonia**

Julieth Niño

Universidad de Santiago de Chile, IDEA

Chile

yeisi.nino@usach.cl

**RESUMEN**

La presente investigación tiene como objetivo explorar en torno a las fronteras descriptivas del testimonio y su dimensión con la naturaleza. Específicamente, nos interesa indagar los distintos modos en que se ha configurado la Amazonía colombiana en los testimonios del secuestro, entendiendo la selva no sólo como el centro donde se desarrolla el relato, sino como, el lugar donde se incorporan las experiencias de las víctimas del secuestro. Para ello trabajaremos aquí con dos testimonios colombianos, *No hay silencio que no termine* (2010) de la colombo-francesa Ingrid Betancourt e *Infierno verde: 7 años secuestrado por las FARC* (2008) del Senador Luis Eladio Pérez. Estos testimonios en conjunto nos permiten, por un lado, observar los diferentes modos en que la selva es percibida desde la experiencia individual y colectiva del secuestro, y por el otro, analizar el fenómeno del secuestro como una herramienta de guerra utilizada en el marco del conflicto armado.

**Palabras clave:** *Amazonía, testimonio, violencia, secuestro.*

**ABSTRACT**

The objective of this research is to explore the descriptive frontiers of the testimony and its dimension with nature. Specifically, we are interested in investigating the different ways in which the Colombian Amazon has been configured in the kidnapping testimonies, understanding the jungle not only as the center where the story develops, but also as the place where the experiences of the kidnapping victims are incorporated. For this purpose, we will work here with two Colombian testimonies, *No silence that does not end* (2010) by the Colombian-French Ingrid Betancourt and *Green Hell: 7 years kidnapped by the FARC* (2008) by Senator Luis Eladio Perez. These testimonies together allow us, on the one hand, to observe the different ways in which the jungle is perceived from the individual and collective experience of kidnapping, and on the other

---

hand, to analyze the phenomenon of kidnapping as a tool of war used in the framework of the armed conflict.

**Keywords:** Amazonía, testimony, violence, kidnapping.

## 1. ANTECEDENTES CULTURALES Y SOCIALES DE LA REGIÓN AMAZÓNICA

La crítica literaria Ana Pizarro, en su estudio *Amazonía: El río tiene voces*, explica que los dispositivos estructurales que intervienen en la configuración de la Amazonía comúnmente son analizados sólo desde el plano geográfico y ecológico, se precisa ampliar el estudio hacia su riqueza y diversidad cultural la cual constituye un símbolo de unidad para América Latina. “Creo que la Amazonía necesita ser percibida como un universo cultural no sólo desde afuera de ella, sino que además es necesario poner en evidencia sus vínculos con el resto del continente” (Pizarro 11). Su estudio se adhiere a una práctica discursiva que interpela los imaginarios creados por el pensamiento europeo y el mundo colonial.

Las representaciones de la Amazonía han estado cruzadas, por dos grandes imaginarios que se distinguen entre la civilización y la barbarie o lo paradisiaco y lo infernal. En un primer momento, las navegaciones de Occidente hacia el territorio americano durante el periodo de conquista consolidan nuevas órbitas de comprensión de la Amazonía. El acercamiento de los colonos abre las dimensiones hacia la fantasía de lo exótico que entre los altos manglares y las corrientes caudalosas de sus ríos tejen uno de los mitos más populares de América Latina que hasta el día de hoy tiene voces que lo constatan *El Dorado*. De acuerdo con el relato de William Ospina, la expedición hacia la búsqueda del *país de la canela* que emprende Gonzalo Pizarro traza una de las travesías más codiciosas hacia la ciudad de oro dejando a su paso el imaginario paradisiaco del lugar. El atractivo que produce a los conquistadores, las tierras incógnitas de América, convierte la Amazonía en un lugar idóneo para plantar la fantasía de los *seres imaginario* de la Antigua Edad Media y del emergente Renacimiento.

Paralelamente a la noción de paraíso, la inquisición religiosa ve en la selva las primeras imágenes de lo demoniaco de criaturas extrañas que habitan en la espesura de los bosques. Los pobladores nativos son rápidamente nombrados salvajes a quienes se les atribuye la malicia luciferina y la monstruosidad de criaturas imperfectas frente a la perfección del hombre blanco. La inferioridad

del indígena, como lo indica Frantz Fanon, se debe principalmente al racismo interno que implanta Occidente acompañado de los procesos evangelizadores que hacen del indio un ser inferior y no humano. La civilización europea y sus representantes son responsables de la condición de servilismo que asume el indígena en la historia. A finales de la época de la colonización y principio de la era republicana, la región de las amazonas se convierte para los ojos de los terratenientes y viajeros ilustrados en un lugar con una enorme riqueza de recursos naturales casi incomparable con otra en el mundo, su extenso bosque abarca a ocho Estados del continente Latinoamericano (Brasil, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Guaya francesa, Surinam) lo que la hace una tierra de todos y de nadie. La navegación intercontinental de la época y los avances tecnológicos como el teléfono o el telégrafo hicieron de la explotación del caucho una ganancia fundamental para la industria europea y norte americana (Chirif 12)

Para comprender las representaciones que atañe a la época nos centraremos aquí en un hecho particular, la explotación cauchera o la llamada *fiebre del caucho*. El aprovechamiento indebido de este producto natural se puede registrar a mediados de siglo entre 1722-1945. Pero ya mucho antes, incluso de la conquista, los indígenas de la región habían descubierto el árbol y la llaman *Canbuchu* o *Cauchu* que significaba “madera que llora” (Baum 19), utilizada para la elaboración de instrumentos agrícolas y de caza. La explotación intensa empezó entre 1790-1839, ligadas a las demandas del mercado internacional que dio un revuelo con la fabricación de la llanta neumática diseñada por el norte americano J.B. Dunlop que adquiere gran importancia para la industria de la bicicleta y del automóvil.

En el alto de los Andes, en la cabecera de los ríos que alimenta al Amazonas, entre el Putumayo y el Caquetá se diseñó una zona estratégica para la explotación del caucho debido a la existencia de nutridos *manchales* o lugares de abundante presencia de árboles con esta resina y también debido a constituir esta zona en una donde las demarcaciones fronterizas entre Perú y Colombia no estaban claras, permitiendo movimientos de dudosa legalidad (Pizarro 106)

Para los pueblos indígenas amazónicos la explotación del caucho fue un proceso devastador debido a la manera como se extrajo el producto, los capataces o *seringales*, implementaron las antiguas prácticas de la colonia como herramienta de trabajo en los campamentos caucheros. Muchas de

---

estas comunidades cayeron presas de la esclavitud, del trabajo forzado y de la tortura. La ausencia del Estado hizo que las prácticas gozaran de impunidad. Varios personajes salieron de estos imaginarios cuyos nombres han permanecido en las cuencas imborrables de los bosques amazónicos, llamados los *barones del caucho*. Algunos de ellos son: los peruanos Fermín Fitzcarrald, Julio Cesar Arana, el boliviano Nicolas Suárez, el coronel brasileño José Julio de Andrade, los colombianos Rafael Reyes y Agustín Codazzi. Todos ellos contribuyeron a la perduración del gran mito Occidental de la selva definida por la dualidad simbólica entre salvaje y civilizado, racional e irracional, humano e inhumano. De lo anterior, nos detendremos en uno de los personajes que caracterizó la historia del caucho en un proceso lamentable y bárbaro, nos referimos a Julio Cesar Arana y hermanos quienes fundaron la conocida Casa Arana ubicada entre las repúblicas de Colombia y Perú, una frontera no demarcada que significó la explotación industrial más sangrienta de los últimos años. La explotación del caucho natural se organizó en diferentes secciones donde dependían diversas comunidades indígenas, según el relato de Pineda Camacho (2003), estas fábricas eran dirigidas por un jefe llamado capataz encargado de extraer el caucho y llevarlo cada 15 o 20 días a las dependencias de las Casas Arana, pero también se encargaba de aplicar los castigos a los nativos. Estos capataces en su mayoría eran oriundos de la región hombres liberados de la esclavitud que buscaban el reconocimiento del blanco desarrollando prácticas de crueldad más sangrientas que el propio colonizador en la búsqueda misma de una identidad no reconocida. Asumiendo la máscara del cómplice en un proceso de blanqueamiento frente a la vergüenza de su piel india.

Todos estos hechos de esclavitud y trabajo forzado hacia las comunidades de la región fueron denunciados hasta 1907, gracias a la publicación que realiza el norteamericano W. Hardenburg en su columna titulada “paraíso del diablo” donde manifiesta ser testigo de los maltratos hacia los indígenas del Amazonas por parte de los jefes de la Casa Arana (huitoto, boras, ocaicas, andoques, muinanes, mirañas etc.) Junto con esta denuncia se sumaron los archivos fotográficos del español Manuel Rodríguez Lira y del irlandés Roger Casemnet quienes proporcionaron los primeros documentos visuales del Putumayo, publicados en diferentes diarios de las repúblicas de Colombia y Perú.



**Figura 1.** Mujer indígena esquelética agonizando en una hamaca

(foto de Manuel Rodríguez Lira. Tomada del: Archivo Histórico Riva-Agüero, 1907)

Entre los archivos fotográficos encontramos imágenes, como la anterior, que dan cuenta de la tortura, esclavitud y secuestro con que la Casa Arana y los caucheros colombianos tenían a los indígenas amazónicos. Además de estos testimonios visuales, el fenómeno del caucho desprende otras voces que se encargan de narrar las atrocidades cometidas por las industrias caucheras y desvelan los imaginarios del territorio. Desde la literatura, por ejemplo, podemos encontrar con *Paraíso perdido* del brasileño Euclides da Cunha de 1909; *El proceso del Putumayo y sus secretos inauditos* del peruano Carlos Valcárcel o *La vorágine* de José Eustasio Rivera de 1924. Ya en nuestra actualidad los trabajos cinematográficos como *El abrazo de la serpiente* 2015, resultan relevantes; este filme toca abiertamente los procesos evangelizadores y la explotación cauchera en el Putumayo colombiano desde la mirada del nativo no occidentalizado.

Lo dicho hasta el momento, es indispensable para comprender las representaciones de la Amazonía en los testimonios del secuestro que trataremos a continuación, objeto de nuestro estudio, ya que como productos culturales nos permiten relacionarnos con los imaginarios que se han venido construyendo de la selva colombiana para entrar en diálogo con las experiencias propias de quienes han habitado este territorio, en un discurso histórico marcado por la dualidad civilización/barbarie. Donde la selva ha sido testigo de la muerte, el secuestro, la colonización, la tortura, pero también de la fantasía por lo paradisiaco en un contacto casi sublime que sólo quien ha pisado estas tierras llega a entenderlo.

## 2. PRISIÓN VERDE Y EL FENÓMENO DE LA GUERRA

Michael Foucault, ha sido uno de los autores que ha trabajado ampliamente la noción de prisión en los últimos años. En su estudio *Vigilar y castigar* (2009), explica los cambios que ha tenido las prácticas de castigo hacia los cuerpos condenados. En el periodo de la Ilustración el castigo estaba asociado al espectáculo donde los espacios abiertos brindaban el deleite de los espectadores. Los trabajos forzados se practicaban en plena calle o en caminos reales donde los condenados vestían ropa multicolores y arrastraban una bala de cañón con una argolla de hierro sujeta al cuello, además eran sometidos a las burlas públicas, golpes físicos y señalamiento de la comunidad. Si bien el castigo poco a poco ha dejado ser un espectáculo, en Latinoamérica se ha tenido una cierta regresión atávica hacia el uso de estas prácticas donde los espacios abiertos se han transformado en los nuevos centros de tortura y reclusión. En el caso de Colombia, la selva amazónica se caracteriza por concentrar la mayor parte de personas secuestradas, por grupos armados al margen de la ley. María Ospina (2014), ha trabajado los “testimonios del secuestro” y resulta un pilar clave en nuestra investigación, ya que emplea el concepto de “prisión verde” para explicar la experiencia de la selva sudamericana como un campo de reclusión que traspasa la condición humana y coloca en tensión el centro (ciudad) con la periferia (selva). Este concepto nos resulta interesante justamente, porque enfatiza el territorio desde dos polos; uno que, asocia poderes y formas de control (los carceleros), y otro al individuo, sus prácticas y formas de vivir en el espacio geográfico (los secuestrados).

En los testimonios del secuestro, se observa esta profunda transformación de los lugares que va entre el mundo que habitaron antes del secuestro y los espacios configurados por la guerra que tuvieron que enfrentar en el cautiverio. La ciudad y la selva, en estos testimonios nada tienen de cercano no pueden pensarse ni siquiera como dos caras de una misma moneda sino como dos espacios completamente opuestos. Las preguntas que aquí se despliegan, siguiendo a Strejilvich & Ávila, acerca de la posibilidad de narrar desde el lugar de los hechos son: “¿Habría que re-significar los espacios o dejarlos como símbolos intocables para que el misterio espectral no pierda su espacio?” “¿por qué motivo los lugares parecen interpelarnos aún hoy, desafiando e incomodando el pensamiento?” (137). Pareciera ser, dice Ávila (2016), que aquellos elementos que mantiene estos espacios presentes en su ausencia nos obligan a girar la mirada e intentar dilucidar aquello que hoy los hace centro de reflexión. Desde el ámbito de los relatos, Michael de Certeau en la *Invención de*

*lo cotidiano* (1996), sostiene que hay dos formas existentes de relatar el espacio: como itinerario (fui a tal lugar) y como mapa (frente a la estación de tren), el primero relata la experiencia, el que hacer y el segundo la ubicación física del espacio. En ambos casos para el autor, toda espacialidad toma estos elementos para determinar un lugar. Sin embargo, esta formulación empieza a perder fuerza cuando se trata de relatos testimoniales, en el caso de los testimonios del secuestro estas narraciones ejemplifican una mirada geográfica de la selva difícil de determinar y, por lo tanto, difícil de relatar como itinerario. La senadora colombiana Ingrid Betancourt quien estuvo siete años secuestrada por las guerrillas de las Farc describe la selva de la siguiente manera:

Pasábamos muchas horas atravesando la selva en silencio, inclinándonos hacia adelante para esquivar el agua que el viento nos lanzaba a la cara. Luego a la hora del crepúsculo, tomamos un camino que bordeaba una ladera convertida en un verdadero barrizal con el paso de las tropas. A cada paso, debía rescatar mi bota, que se quedaba hundida en cincuenta metros espeso y maloliente. Todo el mundo hacia lo mismo. Yo estaba sin fuerzas tiritando de frío. Salimos del bosque, con sus bajadas y subidas abruptas. Antes del amanecer, llegamos a lo alto de una loma que dominaba el valle. Una lluvia fina seguía persiguiéndome. Había una especie de cobertizo de tierra pisada con un techo de paja. Ferney instaló una hamaca entre dos palos, puso un plástico en el suelo y dio la orden de dormir ahí. (Betancourt 206)

La particularidad de los territorios, salvajes y fronterizos en Colombia hacen parte de cierto tipo de geografía política que no logra ser considerada como “geografías físicas” ni “regiones naturales” por el contrario, como lo indica el antropólogo Álvaro Santoyo (2002), estos lugares son configurados a partir de un conjunto específicos de imaginarios, nociones y relatos, cuyas fronteras están determinadas por un entretreído de relaciones violentas que lo integran. La mayor parte de los analistas (M. Serje, A. Molano, Gonzalo Sánchez) proponen la hipótesis de que la dificultad para bosquejar el territorio selvático colombiano –como la Orinoquía y la Amazonía- se debe principalmente a dos factores: uno, a la formidable y hostil geografía y, dos a la histórica permanencia de grupos armados que lo habitan. Este argumento permite declarar la paradoja en la que se sitúa el Estado colombiano que, como bien lo analiza Margarita Serje en su libro *El revés de la nación* (2005), “el Estado ha mantenido históricamente, con sus propios grupos armados, una situación de desorden en estas fronteras, que les ha permitido lucrarse simultáneamente de las economías legales e ilegales. Para ello las han mantenido como espacios de miedo, incontrolados, que constituyen una verdadera cortina de humo detrás de la cual cualquier cosa está permitida”

(245). Los discursos de la Amazonía como un lugar salvaje, agreste y peligroso han sido provecho para vincular otros tipos de ordenes civilizatorios y bárbaros. Por lo tanto, no es casual que, en esta zona del país se concentren la mayor parte de grupos armados, además se concibe como paso fronterizo del contrabando y explotación industrial.

El fenómeno del secuestro lo podemos analizar en dos etapas, la primera, que va desde 1970 y finaliza en 1989. Allí se presenta la primera gran expansión de la violencia donde aparecen los grupos guerrilleros y los grupos Paramilitares y se inicia la industria del secuestro en Colombia. Para esta época este delito aún no era una amenaza real para el Estado colombiano ni para la sociedad en general (CNMH 13). Fue hasta la entrada de los años 90 que estas prácticas empiezan a tener un lucro significativo para las políticas de guerra de los grupos al margen de la Ley. Aquí nos encontramos con el segundo periodo, que se presenta entre 1998 y 2010. De acuerdo con los datos que brinda el Observatorio de Memoria y Conflicto (2018), las guerrillas de las FARC-EP y el ELN, secuestraron 1.214 militares y policías a finales de los ochenta y, en la época de los noventa esa cifra se duplicó con la retención de población civil, políticos, senadores, diputados, entre otros. Estos secuestros se catalogaban como extorsivos, porque había entre medio una negociación con el Estado y los grupos armado al margen de la Ley quienes solicitaban al gobierno de turno canjes humanitarios o la desmilitarización de territorios estratégicos de guerra, principalmente, la zona sur del país donde se ubican las regiones del Caquetá, Guaviare, Putumayo y Amazonas<sup>1</sup>.

Para Gonzalo Sánchez, director del Centro Nacional de Memoria Histórica, “el secuestro se universalizó en varios sentidos: los perpetradores hicieron víctima de esta conducta criminal no solo a los pudientes sino también a los pobres a los ciudadanos del común, pero también a los políticos y funcionarios de todas las jerarquías” (14). Las imágenes imborrables de cadenas, de campos de concentración y de tortura han sembrado resentimiento, desprecio y un profundo miedo en el pueblo colombiano. Tal vez la mejor definición del secuestro es la que da el profesor Emilio Meluk, cuando nombró el secuestro como “una muerte suspendida” (17). Una interrupción del tiempo y del espacio en que las experiencias como prisionero(a) quedan sujetas a una situación determinada, el cautiverio. El contacto con la selva puede interpretarse como la entrada a un estado natural donde los comportamientos quedan cuestionados y se busca la manera de adaptarse en un

---

<sup>1</sup> A finales de 1998 se ejecuta el conflicto más grande dentro del conflicto armado colombiano. El ataque a la estación de policía y la toma del Municipio de Miraflores (Guaviare) que deja el secuestro de 132 policías y militares.

medio donde lo importante es sobrevivir. Así lo relata el exsenador Luis Eladio Pérez, en una de las muchas caminatas en la selva.

Nos levantaban a las cuatro de la mañana y caminábamos hasta las cinco de la tarde, y cuando se acabó el arroz, después de 35 días, el hambre que sentimos fue brutal. En ese estado de desespero terminamos comiendo mico: no había nada más y llevábamos como tres días sin comer. Entonces mataron unos micos. Uno cayó herido frente a nosotros y nos miraba y nos mostraba la mano llena de sangre como pidiendo ayuda o como recriminándonos su herida. A las dos horas estábamos comiéndonos ese

miquito ¡Hasta dónde llega el sentido de supervivencia! El cuerpo humano absorbe todo y más en esas condiciones. No nos enfermamos, pero sí nos quedamos con esa impresión que nos marcó. (217)

La condición de salvaje vuelve a volcarse en cada testimonio. La selva no sólo los aleja cada vez más de la ciudad sino también los encierra en un espacio donde las comodidades están por fuera de su órbita. El acto de comer un animal silvestre es el reconocimiento propio de una adaptación a su entorno que derivada de una situación límite donde el sentido por la vida juega un papel determinante. Estas situaciones permiten reconocer que los secuestrados atraviesan el limbo de la dualidad civilización/barbarie y desde allí observarse como seres mitológicos sacados de los imaginarios de la región.

El ejercicio de representar la Amazonía a través de un lenguaje descriptivo producto de la experiencia no resulta una tarea sencilla, por el contrario, el contacto directo con la naturaleza llega a hacer un verdadero riesgo. La antropóloga Lorena Romero afirma que: “En varias ocasiones se acusa a la selva de estar implicada en el malestar psicológico y físico de los secuestrados” (70). Los fragmentos que se presentan a continuación evidencian que describir el entorno del cautiverio implica establecer las dinámicas sensitivas entre el mundo natural y las emociones que produce el contacto con la selva.

Ahí estaba el río. Yo lo veía correr, encabritado, arrastrando con furia los árboles enteros que parecían pedir ayuda. El agua bajando a borbotones me acobardó. Había, no obstante, que lanzarse al agua y dejarse llevar. Ese era el precio de la salvación. Permanecí inmóvil. La ausencia de un peligro inminente reprimió mis instintos de supervivencia y atendí a la voz de la prudencia para no lanzarme al agua. La cobardía tomaba forma. Aquellos troncos que giraban en el agua y desaparecían para salir a flote más adelante, con sus

ramas extendidas hacia el cielo, era yo misma. Me veía sumergía en ese mar de barro. Mi cobardía inventaba pretextos para aplastar mi partida. (Betancourt 28)

En la cita anterior, Ingrid Betancourt describe su experiencia con el río, en un conjunto donde el adentro y afuera se relaciona constantemente. Esto se puede entender desde la noción corporal de Valentina Buló & Alejandro Oto quienes afirman que “la piel es el afuera es el sentido que nos da la sensación de realidad, es la conciencia de lo que somos capaces de hacer, pero también es el adentro, es el miedo que nos hace palidecer” (9). Desde esta perspectiva logramos comprender la manera en que el cuerpo de la narradora anula toda acción de libertad y el germen del terror brota de sus adentros y la hace enmudecer ante el peligro latente que tiene en frente. Mientras que los prisioneros sufren física y emocionalmente su cautiverio en la selva, los guerrilleros viven resignados a una vida errante en el “monte” en constante alerta del entorno.

La selva sudamericana que devora todo lo que está a su alcance ha sido recurrente por siglos en el imaginario popular de la región. El término “prisión verde” exige examinar el territorio desde un enfoque topográfico para comprender los conflictos locales que se disputan en estos espacios boscosos. El tema del contrabando, por ejemplo, es crucial para acercarnos a los problemas que atraviesan la zona. Según los datos que nos brinda el Centro de Desarrollo Sostenible en América Latina, indica que los seis departamentos que constituye la región de la Amazonía – Amazonas, Putumayo, Caquetá, Guainía, Guaviare y Vaupés- han estado relacionados con las dinámicas de los cultivos de coca y la explotación de caucho natural. Históricamente, Putumayo, Caquetá y Guaviare se caracterizan por tener grandes extensiones de cultivo de coca y la presencia de laboratorios para su procesamiento. Lo que está claro es que los cultivos de coca desde los años ochenta en adelante han incidido en el financiamiento de la guerra. A nivel social los habitantes de las zonas sufren los estragos de la producción de la hoja de coca quienes deben entregar sus tierras para la siembra de esta planta.

Estuve muchísimas veces en campos cocaleros de las guerrillas o por lo menos controlados por ellas. Es decir, no puedo asegurar que sean campos cocaleros de las guerrillas como tal, pero sí vigilados y cuidados por ellas, sin lugar a duda. Prestan el servicio como una especie de compañía de seguridad privada para los cocaleros de la región. Es un servicio muy bien pagado. Muchísimas veces atravesé esos campos. Algo que me llamó la atención es que son terrenos relativamente pequeños. Nunca vi una extensión muy grande de coca. También es curioso que sean cultivos a cielo abierto. No están camuflados en medio de la selva. Por eso me llamó la atención que cuando me

atravesaron por Putumayo en el 2003, frente a unos pobladores quienes apenas y nos miraron, vi unos campos cocaleros que estaban experimentando con semillas, creo que traídas del Perú, para cultivar hojas en la sombra, es decir, bajo los árboles. Esos cultivos cuando estén sembrados bajo los árboles, en la selva, no los detecta nadie. (Pérez 78)

Es muy curioso ver en muchos de estos relatos la presencia de la población civil que trabaja para la guerrilla. Las representaciones de la población amazónica resultan un tema particular en estas narraciones. Los militantes que hacen parte de estos grupos armados en su mayoría son habitantes de la zona o de poblaciones rurales. El reclutamiento forzado ha sido una práctica sistemática que se encrudenció con la guerra, en el 2021 después de los acuerdos de paz la JEP (Jurisdicción Especial para la Paz) rebela que las FARC alistaron y utilizaron a niños y a niñas entre los 15 y 17 años para el desarrollo del conflicto armado. Se estima una cifra de 18.677 víctimas en el periodo de actividad de estas guerrillas. También se analizó tres grupos de conductas asociadas al reclutamiento: la violencia sexual basada en género; la desaparición forzada y homicidio, tortura, tratos crueles, humillantes y otros actos degradantes. La población étnica fue la más afectada en este proceso, se promedia que el 24% de menores pertenecen a minorías étnicas; 4% afrodescendientes; 30% a pueblo indígenas y 63% zonas rurales (JEP, 2021). En relación con lo anterior, el exsenador Luis Eladio Pérez, afirma que fue testigo de muchos casos de desertión durante su secuestro.

A los pocos meses de estar secuestrado cerca de la región del Caquetá, vio cómo se fugaron tres guerrilleros muy jóvenes uno de ellos llamaba mucho la atención por sus rasgos indígenas y su actitud era un muchacho buena gente, noble y servicial. Junto con él se fue otro joven y una niña que apenas había llegado días atrás. Estábamos ahí y los vimos pasar, y de pronto nunca más los volvimos a ver. No supimos si los mataron, si lograron escaparse o se los trago la selva (181).

Esta difícil situación permite reconocer que las condiciones de cautiverio de los secuestrados se entrecruzan con los(as) jóvenes que han sido forzosamente llevados a la guerra. La mirada paralela de ambas realidades desdibuja las jerarquías de la víctima y el victimario dejando al descubierto lo paradójico que es el conflicto armado colombiano. En la descripción anterior que realiza Pérez del hombre con fisonomías indígena como un joven *buena gente*, puede leer como una proyección del buen salvaje. El tropo expuesto por Rousseau ha categorizado y generalizado las conductas y las prácticas indígenas a través el uso de la lengua, la vida en comunidad y los rasgos físicos; por ejemplo, las habilidades del indio en la selva son ampliamente valoradas para los secuestrados como

para los mismos guerrilleros. Cuando Betancourt no puede caminar más en una marcha de días se deja caer sobre el piso boscoso, ella está como pegada en el suelo completamente derrotada, pero de repente un guerrillero se ofrece a llevarla en su espalda. Era un joven moreno de cabello muy lizo y cuerpo ancho, era un indio de la región; “nos cruzamos con el indio por el camino y me sonrió. Con humildad, casi con timidez, se ofreció a llevarme un tramo en sus espaldas” (39).

Este guerrillero lleva en su instinto la sombra indirecta del buen salvaje. Ingrid describe haber retrocedido cientos de años con ese gesto, se sintió como una mujer sacada de un libro de historia, cargada por los indios atravesando las amazonas. Esta imagen que nos da la autora se vincula con la época de la colonización que calza con el imaginario del nativo carguero frente a la presencia del extranjero(a) como un explorador o visitante repentino.

La anterior representación puede conectarse con la figura del nativo cuidador y generoso, su presencia en la guerrilla es preciada para el tratamiento de enfermedades por su conocimiento con las plantas. Uno de los muchos sufrimientos de los secuestrados es el padecimiento, justamente, de las enfermedades tropicales entre ellas están: la leishmaniasis producida por la picadura de los zancudos, las enfermedades intestinales y gastrointestinales que se presenta por beber agua de caños y ríos contaminados, también está el paludismo que, según los relatos de los secuestrados puede durar de veinticinco a treinta días con fiebre, vomito, diarrea, escalofrío y dolor de huesos. Es común la hepatitis por la transmisión de saliva o sangre de personas contagiadas.

De todas las enfermedades que dan en la selva la que más me sorprendió fue la leishmaniasis, que es muy complicada, es el famoso cáncer de la selva. La causa la picadura de un zancudo, pero uno no siente nada. Además, no se ve nada, pero cuando uno se quita la costra se ve un hueco, porque un gusano va carcomiendo el cuerpo. La forma de curarla es curiosa: una persona no aspira totalmente el cigarrillo, sino que exhala el humo sobre la uña y quedan las manchas de nicotina en la uña, y cuando hay una cantidad significativa, entonces la pone en la cabeza del gusano (porque se alcanzan a ver los gusanos), y la tapan con esparadrapo o un papelito durante unos diez minutos. El gusano absorbe esa nicotina y muere, entonces a los diez minutos se pincha muy fuerte y empieza a salir un gusano de medio centímetro, de un centímetro o centímetro y medio, y de un grosor impresionante. No podía creer que en mi estómago estuviera reproduciendo y creciendo esos gusanos. No es tanto el dolor ni la rasquiña, sino la impresión de ver salir del cuerpo eso, y quedan las marcas y cicatrices (Pérez 81)

---

En la prisión verde, la reclusión; los trabajos forzados; las enfermedades y las largas marchas han ocupado un lugar importante en estas narraciones. La imagen visual de la selva como prisión puede pensarse como un panóptico a cielo abierto, en el que se encuentran los prisioneros situados en un lugar fijo donde los menores movimientos se hallan controlados por sus carcelarios. “De ahí el efecto del Panóptico: inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder” (Foucault 233). El cuerpo prisionero desde esta perspectiva, se encuentra en una situación de instrumento que se interviene sobre él encerrándolo para despojarlo de toda libertad. El daño sobre los cuerpos es tan visible como los psicológicos en el que la autonomía queda quebrada y se responde únicamente a lo que sus captores piden más allá de sus propias sensaciones y deseos.

Las guerrillas de las FARC construían cárceles en medio del bosque donde apilaban a los secuestrados en un espacio muy reducido. Ingrid Betancourt, relata cómo fue su llegada a la prisión. Después de casi dos años de pasar las noches en campamentos improvisados por el grupo guerrillero. Ella y cuatro prisioneros políticos son trasladados a la *jaula* donde son encerrados con militares y policías también en la misma condición de secuestrados. La cárcel era un lugar mediano en forma de cuadrado, allí se había cortado mucha vegetación y sólo quedaban algunos árboles alrededor que daban sombra al techo. Este cuadrado estaba a la vista de todos(as) los(as) de las FARC. “El espacio estaba encerrado por una malla de acero. Una pesada puerta de metal asegurada con una imponente cadena y un gran candado impedía el acceso” (295). Las formas rústicas de estas cárceles, recuerda los centros de trabajo forzados creados por los colonos donde se torturaron a los indígenas del continente. Estas dos realidades miradas análogamente nos afirman que el secuestro en la selva representa un retorno hacia la vida primitiva dotada de una suerte de poder del más fuerte que mantiene a las personas privadas de su libertad.



**Figura 2.** *Cárcel construida por las FARC donde estuvieron Betancourt y Pérez.*

Tomado de: Archivo diario del Espectador (Feb.02.2013).

Los intentos de fuga en estas narraciones son recurrentes, a pesar de la fuerte vigilancia que las guerrillas mantienen sobre los prisioneros ellos buscan la manera de salir del infierno verde y se lanzan hacia una odisea tropical donde la muerte se convierte en la sombra que sigue sus pasos. En el siguiente relato, Ingrid Betancourt y Luis E. Pérez, planean por meses su fuga y en una noche de invierno consiguen salir de la *janla*. En esta experiencia la naturaleza pasa hacer algo externo y condicionante, a convertirse en una gente que les posibilita entrar en un estado de tranquilidad y fuerza, motivándolos a escapar de la desgracia soportada por años:

Conocía los peligros de nuestra fuga, pero a lo que más temía era nuestra propia debilidad. Tras el choque de adrenalina del momento de la fuga, seguía un relajamiento de la vigilancia cuando uno se sentía fuera de peligro. Era en esas horas de relajamiento cuando sobrevenían las ideas negras y podía perderse la perspectiva del sacrificio realizado. El hambre, el frío y la fatiga se hacía entonces más presentes que la misma libertad, pues al haberla recobrado se devaluaba en contraste con nuestras propias urgencias (...) Seguimos caminando y de golpe la vegetación cambió. Dejamos los arbustos de zarza y espinas para entrarnos en el manglar. Vi brillar el espejo de agua a través de las raíces de manglares. Una playa de arena gris prelude el curso del río. Una última fila de árboles atrapados en la creciente del río y, más lejos, la inmensa superficie plateada que parecía esperarnos. (Betancourt 533-534)

---

Luego de pasar más de cinco días en condición de libertad, estos dos personajes, son hallados por las FARC a las orillas del río Amazonas. “Se acercaron a nosotros como una serpiente a su presa, hendiendo el agua, fija la mirada, saboreando el pavor que nos causaban. *¡Dios mío!* me persigné inmóvil” (557). Generalmente los campamentos de las guerrillas se encuentran en zonas muy agrestes al interior de la selva, las posibilidades de escapar son muy reducidas, no sólo por la vigilancia, sino por la fuerza que representa la Amazonía. Estos bosques son inocentemente aliados de la guerra. La selva parece tensionada por una dualidad casi inseparable en el que el aislamiento se vincula con la libertad. En una mezcla de odios y resentimiento, pero también de compasión y amor por la naturaleza. Estas dos imágenes se contraponen en un juego de representaciones donde las experiencias se constatan en una fase intermedia entre el cuerpo y el paisaje, entre el adentro y el afuera en ese punto “entre” de lo que son capaces estos dos narradores para configurar su propio universo de sentido. Su vida en la selva los obliga a suprimir la idea de civilización con el propósito de adaptarse a este “otro” mundo cuya realidad les permite concebir sus experiencias como parte de los imaginarios que por los siglos han inscrito a la Amazonía.

Los testimonios del secuestro han servido como una herramienta política que visibiliza los horrores del conflicto armado en Colombia trazado por una larga historia de desamparo social y narcotráfico. Su condición de cautivos y sobrevivientes parece funcionar de una manera análoga al enfatizar en una naturaleza terrorífica y una guerrilla violenta, estas dos descripciones en conjunto permiten vincular diversas formas de explotación, criminalización y marginalización que, se producen principalmente, por la ausencia del Estado. Como lo demuestra Serje, “la pérdida de soberanía se debe a un cumulo de realidad que constituye a esta zona boscosa del país como un lugar anclado al pasado que espera la llegada del progreso para hacer parte de la historia de la Nación” (25). Estos territorios son llamados fronteras de nadie donde la guerra; la esclavitud; las torturas han quedado marcadas en los altos manglares y las frescas aguas amazónicas desde la llegada de la colonización hasta nuestros días.

### **3. A MODO DE CONCLUSIÓN**

Trabajar los testimonios del secuestro es adentrarse a un viaje multiforme entre civilización y barbarie. Estos relatos han significado un papel fundamental para tratar los temas de violencia en Colombia, principalmente funcionan como una herramienta de memoria contra el olvido hacia las

crueles prácticas del secuestro desarrolladas al interior de la selva. En este contexto hemos querido destacar los modos de configuración de la Amazonía como un escenario de construcciones culturales y discursivas que por siglos han constituido los imaginarios de la selva Latinoamericana. Nuestro estudio busca rescatar las distintas formas que el espacio natural del cautiverio se presenta como centro del relato donde las descripciones de lo selvático se entrelazan en la búsqueda por sobrevivir en un lugar colmados de peligros para cualquier ser humano. La Amazonía colombiana representa un lugar estratégico para la guerra, debido al abandono estatal y a su extenso territorio hacen que estos bosques se adapten como prisiones a cielo abierto. La fusión entre guerrillas y selva que se observen en estos testimonios refuerza la idea del Amazonas como un lugar inherentemente peligroso dotada de una suerte de poder que mantiene a las personas privada de su libertad, pero también como lugar en el que la naturaleza es símbolo de vida y supervivencia.

## REFERENCIAS

- Baum, Vicky. *El bosque que llora*. España: Ediciones Edhasa, 1995.
- Betancourt, Ingrid. *No hay silencio que no termine*. Bogotá: Aguilar, 2010.
- Bulo, Valentina & Otto, Alejandro. “Piel inmunda: la construcción racial de los cuerpos”. *Revista internacional de filosofía*. Jul. 2015: 7-14.
- Certeau, Michel. *La escritura de la Historia*. España: Universidad Iberoamericana, 1996.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. *Recuerdos de la selva*. Bogotá: CNMH, 2013.
- Centro Nacional de Memoria histórica. *Una sociedad secuestrada*. Bogotá: CNMH, 2018.
- Chirif, Alberto. *Libro Azul Británico. Informes de Roger Casement y otras cartas sobre las atrocidades en el Putumayo*. Perú: Centro amazónico de Antropología y Aplicación Práctica, 2011.
- Fanon, Frantz. *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Ediciones Akal. S.A., 1973
- Foucault, Michel. *Vigilar y Castigar*. Madrid: Siglo veintiuno editores, 2009
- “La JEP establece que al menos 18.677 niños y niñas fueron reclutados por las FARC-EP” *Jurisdicción Especial para la Paz*. 10 ago. 2021. Digital <https://www.jep.gov.co/Sala-de-Prensa/Paginas/La-JEP-establece-que-al-menos-18.667-ni%C3%B1os-y-ni%C3%B1as-fueron-reclutados-por-las-Farc-EP.aspx>
- Meluk, Emilio. *El secuestro una muerte suspendida*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2014
- Ospina, María. *Trazados peligrosos: topografías contemporáneas de la selva en relatos colombianos de cautiverio*. Santiago de Chile: Cuarto propio, 2014
- Ospina, William. *El país de la canela*. Bogotá: Debolsillo, 2008
- Pizarro, Ana. *Amazonía. El río tiene voces*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2009
- Pérez, Luis. *Infierno Verde*. Bogotá: Aguilar, 2008
- Romero, Lorena. “Representaciones de la Amazonia en cuatro libros de literatura testimonial del secuestro en Colombia”. *Revista Universidad Santo Tomas*. May. 2018: 45-76
- Santoyo, Alvaro (2002). “paisajes presentes y futuros de la Amazonía colombiana: la lectura de Miguel Triada en 1907” *Revista de Arqueología y Antropología*. Jul. 2022: 117-154

Serje, Margarita. *El revés de la nación: Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2005

Strejilevich, Nora. “El testimonio de los sobrevivientes: figuración, creación y resistencia”. Santiago de Chile: Instituto de Estudios Avanzados Santiago de Chile, 2016